

Hombres. ¿magos o bestias?

FRANCISCO JAVIER ARRIES

La terrible figura del licántropo surge desde un pasado remoto y oscuro, pero aún permanece entre nosotros: Sociedades secretas de guerreros y cazadores lobo, lobizones, chamanes capaces de transformarse en el espíritu del bosque, brujos que se metamorfosean bajo la Luna para darse un festín de sangre y violencia... Los hombres-bestia no son sólo un mito; son un fenómeno complejo que se ha ido desarrollando, entre el bien y el mal, a lo largo de la historia.

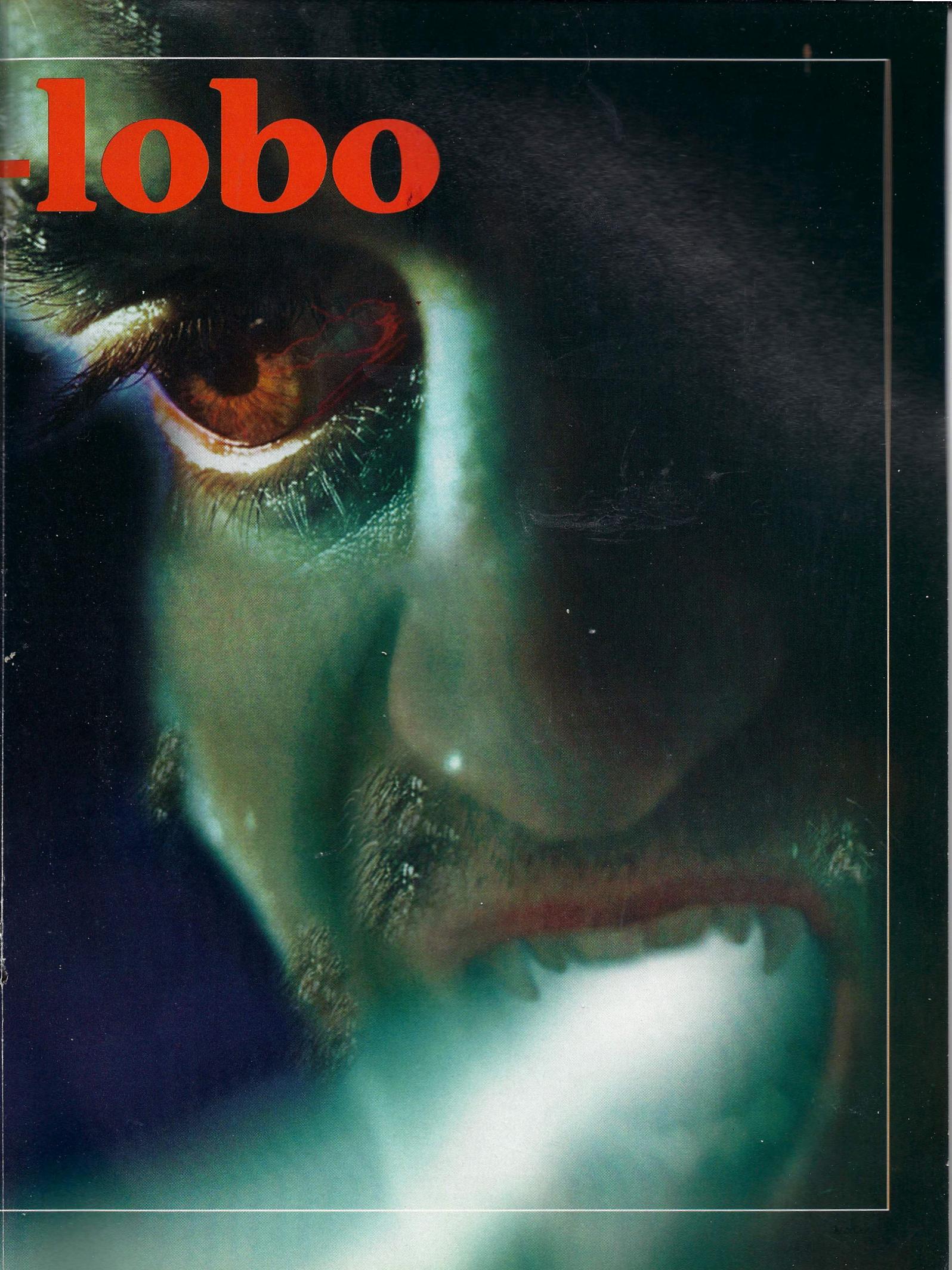
«**N**ada saltó del ataúd. Y aunque el hombre que yacía allí dentro hubiera querido saltar, no habría podido; tenía manos y pies sujetos con clavos al fondo del féretro. Tendría unos cincuenta años y llevaba una camisa y unos pantalones de pijama, las dos piezas cubiertas de sangre. Además de los pies y de las manos atravesados por gruesos clavos, tenía un crucifijo clavado en el corazón y otro en la frente... —¿Quién es este tipo?, pregunté... —El hombre lobo, respondieron al unísono... —Era un hombre lobo cuando lo cogimos, pero tan pronto como lo matamos atravesando su corazón con la cruz, volvió a convertirse en hombre... La semana anterior, la gente del pueblo había encontrado en los campos los cadáveres mutilados de cuatro personas, un hombre, dos mujeres y un niño... Luego, dos noches más tarde, tres vecinos vieron una criatura extraña del tamaño de un hombre, que caminaba sobre las patas traseras. Su cuerpo estaba cubierto de pelo largo y negro, y tenía una cola larga.

Encima de la cabeza, que era la de un perro enorme, brillaba una luz débil. Y sus ojos eran de color rojo».

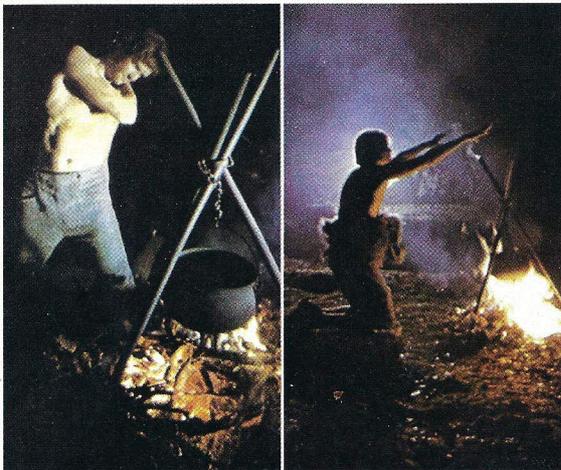
Estas espeluznantes declaraciones pertenecen a Douchan Gersi, investigador, escritor, y productor de series documentales quien, en sus viajes a través de Haití, descubrió sorprendido que la creencia en el hombre-lobo no sólo seguía viva, sino que hasta los periódicos se hacían eco de los testimonios de gentes que afirmaban haber visto a la mítica bestia poseída por una entidad vudú conocida como Loa Petro.

El hombre-lobo sigue tan vivo como hace quinientos años. Hasta no hace mucho, como en un caso registrado en 1946, los indios navajo perseguían a miembros de su tribu a los que consideraban hombres-lobo dedicados a la magia negra y, en 1957, la policía de Singapur investigó el caso de un hombre-lobo que aterrorizó a las enfermeras de una residencia. Una de ellas afirmó haber visto «una cara horrible y peluda, con grandes colmillos salientes».

-lobo



Una reconstrucción del ritual destinado a convertir a un hombre en lobo. De izquierda a derecha: se desnuda hasta la cintura y embadurna su cuerpo con grasa de un gato recién sacrificado, mezclada con drogas y hierbas; se ciñe un cinturón de piel de lobo y espera a que un espíritu maligno le dé el poder de transformarse en ese animal.

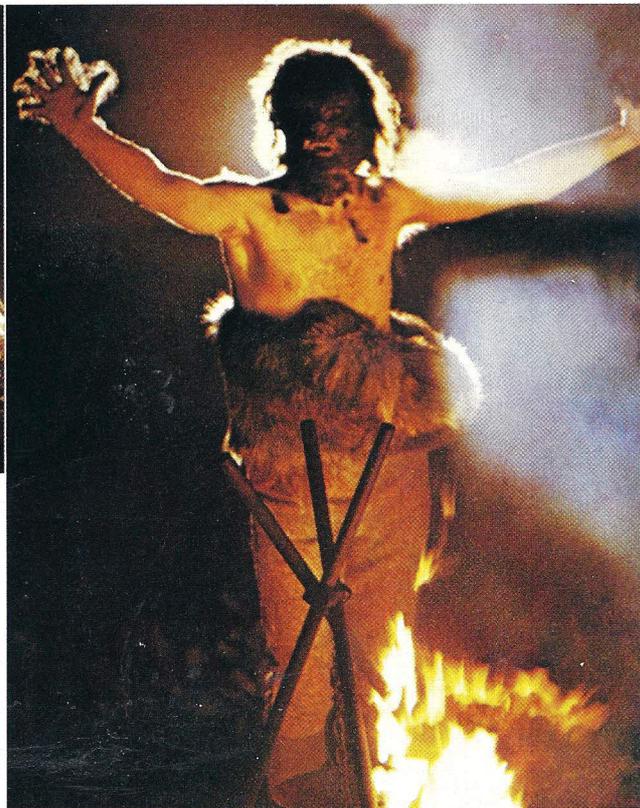


En 1988, la Fox Broadcasting Company recibió más de 340.000 llamadas de espectadores que afirmaban haber visto hombres-lobo a los que acusaban de diferentes asesinatos no resueltos por la policía. El cine y la literatura se han encargado de difundir la imagen del hombre que, convertido en bestia, se deja emborrachar por los apetitos más oscuros y tenebrosos del ser humano. La realidad es mucho más compleja, y aún más fascinante. Existen hombres-lobo involuntarios, personas que no pueden evitar la transformación y son víctimas de una maldición que destroza su vida y la de otros. Pero existen otros que afirman metamorfosearse a voluntad. Algunos de estos últimos están del lado de la luz; otros, del de las tinieblas.

AL FILO DE TODOS LOS MUNDOS

En muchas culturas, el lobo no es sólo un animal, se le considera un «espíritu», una fuerza sobrenatural cuyo poder recorre los bosques. Para algunas tribus amerindias, un lobo arquetípico es el Creador de todo. No es de extrañar entonces que sea uno de los espíritus ayudantes favoritos de muchos chamanes (AÑO/CERO, 90), especialmente entre los lapones, cuyos espíritus-lobo les permite asumir la forma y habilidades de este animal.

Erik T. forma parte de una comunidad escandinava en la que han sobrevivido buena parte de las técnicas mágicas que se empleaban en el mundo germano y otras aprendidas de un contacto secular con la comunidad lapona. Muchas de esas prácticas, habituales hasta hace menos de un siglo entre los lapones y fineses, poseen rasgos chamánicos muy fuertes. Entre ellas se cuenta la práctica del viaje extático bajo formas animales mediante lo que se ha dado en llamar «transformación psíquica». Así nos relataba su primera experiencia en este sentido, una especie de primera toma de contacto con otras formas de percepción diferentes a la humana, en su caso la de un lobo: «Caminábamos de noche por el bosque. Habíamos estado recogiendo ciertas plantas... Comencé a tener una extraña sensación en el estómago. En los oídos, un zumbido que parecía nacer entre el paladar y la nuca. Estaba entrando en una especie de trance (...) Las sensaciones se incrementaron y, en un instante, sentí salir del abdomen la figura de un lobo conectado a mi cuerpo por un hilo luminoso hasta una distancia de unos cuatro metros delante de mí».



M. BUSSELLE © ALDIUS BOOKS

En otros casos el chamán afirma ser capaz de incorporar su conciencia al cuerpo de un animal ya existente. Sea de una forma u otra, hay una afinidad psíquica, una especie de parentela del alma entre el chamán y el animal en el que se transforma. Vale decir que si bien la transformación física, en estos casos, no tiene lugar, psíquicamente es un lobo, posee su naturaleza. La pregunta ahora es: ¿puede tener lugar una transformación física real?

Muchos viajeros, exploradores y militares afirman haber tenido extrañas experiencias que parecen avalar la capacidad de algunos hechiceros para trascender la propia forma. Tal es el caso de Frederick Kaigh, un inglés que en los años 30 y cerca de la frontera congoleña con Rhodesia, vivió una aventura espeluznante. Oculto en la copa de un árbol quiso ver con sus propios ojos una ceremonia secreta. Un *nyanga*, un hechicero disfrazado de chacal, ejecutaba una ceremonia entre el ruido de los tambores tocados por la congregación. De repente, se oyó un lejano aullido de chacal. El *nyanga* contestó a la llamada y numerosos animales respondieron al gri-



En muchas culturas, el lobo no sólo es un animal; se le considera un espíritu, una fuerza sobrenatural cuyo poder recorre los bosques

to. Entró en un estado de frenesí tal, que su imitación del animal parecía de una asombrosa realidad. Tras una danza terrible y bestial, cayó en trance. Poco después, un hombre y una mujer desnudos saltaban hacia donde yacía el *nyanga* y comenzaron a su vez a imitar a los chacales. De repente, asistió a un fenómeno que años más tarde aún no sabía si atribuir a una especie de hipnosis colectiva o de acción sobrenatural: «para mi asombro e incredulidad, vi a la pareja convertirse en chacales ante mi vista».

HIJOS DE LA FIERA

Pero el parentesco psíquico con el lobo no es exclusivo de hechiceros, cuya transformación, aunque voluntaria, implica una «posesión», una irrupción en la consciencia de los peores instintos de ambas especies, humana y lobuna; ni de los chamanes, quienes adquieren las virtudes positivas del lobo, en tanto que «espíritu» benéfico del bosque, a la vez que conservan su conciencia. Lo hallamos también en el Totemismo, una creencia muy extendida entre muchas culturas del planeta según la cual, el clan tiene como antepasado a algún animal mítico. El antepasado directo de muchos clanes, sobre todo entre los



indios norteamericanos de la costa norte del Pacífico, es el lobo. Durante las ceremonias y danzas rituales, los bailarines llevan máscaras y vestidos de lobo y sus movimientos imitan los del animal mítico y las acciones heroicas que dieron lugar al nacimiento del clan. Desde su punto de vista, los miembros de estos clanes son auténticos hombres y mujeres lobo. Como también lo son, desde el suyo, los integrantes de las sociedades secretas del lobo.

Europa ha tenido sus propias sociedades secretas de guerreros lobo. De entre ellos, unos especialmente feroces, los *berserker* del mundo antiguo escandinavo, guerreros terribles, que saltaban al combate semidesnudos, cubiertos de pieles (la palabra *berserk* significa «camisa de oso») en estado de trance, poseídos por un furor sagrado, sin que «el hierro les pudiese herir ni el fuego quemar». Aullando como bestias, los *berserker* se lanzaban al combate con la boca espumeante y mordiendo salvajemente sus escudos. Su sola presencia aterrorizaba a los rivales. Existían diferentes categorías entre ellos: algunos eran guerreros oso; otros, no menos terribles, eran conocidos como *ulfhednar* («pellejos de lobo»), guerreros lobo.

EL PODER DE LA BESTIA

Con el tiempo, los *berserker* acabarían convirtiéndose en guerreros feroces ansiosos de sangre capaces de llevar a cabo todo tipo de crímenes y desmanes, pero en un principio fueron castas de guerreros magos consagrados a Odín, cuyo nombre procede de un vocablo, *ódr*, que viene a significar furia, éxtasis, sabiduría mágica e inspirada.

Los rasgos chamánicos de Odín son muy intensos. Entre sus poderes se haya el de cambiar de forma y viajar por todos los mundos. Sus compañeros, o quizá deberíamos decir sus espíritus ayudantes, son dos cuervos y dos lobos, Gere y Freke, literalmente «glotón» y «voraz». En el mito odínico, se mezclan

El mes de febrero marca un hito en el ciclo anual. En otras épocas era visto como el momento en que el invierno comenzaba a decir adiós y empezaba a vislumbrarse la primavera y su consiguiente explosión de fertilidad. A lo largo y ancho de Europa se

llevaban a cabo festivales dedicados al fuego, fuego purificador alusivo a la luz del Sol, que cada día va saliendo más alto y fuerte, festividades convertidas más tarde por el Cristianismo en la Candelaria, el día de la Purificación de Nuestra Señora. El Carnaval también hunde sus raíces en estas festividades de purificación y renovación de la Naturaleza. El ciclo natural anterior debe morir para dar paso

a uno nuevo y fértil. Entre los pueblos y culturas de cazadores quien se ocupa de ese delicado equilibrio natural, de ese sacrificio necesario para la renovación, es precisamente el lobo, protagonista indiscutible de una de las festividades a las que hay que remontarse para buscar los antecedentes más directos del Carnaval, el festival romano de las *lupercalias*, durante las cuales se honraba a Lupercos, el nombre «lobuno» del dios Fauno, el Señor del bosque. Cada 15 de febrero este dios era honrado en el Lupercal, una gruta situada en el monte palatino romano, frente a la imagen de la loba que amamantó, en esa misma cueva, a los gemelos Rómulo y Remo, según afirmaba la leyenda que describía los orígenes míticos de Roma. En la Lupercal se llevaba a cabo una ceremonia durante la cual eran sacrificadas varias cabras y un perro. Después, los *luperci* o «guardianes del lobo», jóvenes dividi-

dos en *luperci Quinctiales* y *luperci Fabiani*, coronados y vestidos únicamente con un delantal de piel de lobo, corrían por los alrededores de la ciudad antigua. En sus manos, llevaban tiras de piel que habían cortado con sus propias manos, como lobos, del pellejo de las cabras sacrificadas. Las mujeres estériles se colocaban en el camino de los jóvenes *luperci* para que pudieran golpearlas con las tiras y ser fértiles. Estas correas eran conocidas como *februa*, palabra derivada de *februare* (purificar). El día 15 de febrero era el *dies februatus* (el día de la purificación). El mes, *februarius*, palabra de la que deriva nuestro «febrero», significaba entonces «el mes de la purificación». Las *lupercalias* se celebraron hasta época tan tardía como el año 494. En esa fecha el obispo Gelasio, para acabar con el ritual pagano, la convirtió en la fiesta de la Candelaria, trasladándola al día 2 de febrero.

la guerra, la caza y el poder chamánico, sobre todo en la figura de la «Cacería salvaje», una imagen nórdica de la tormenta como una tremenda y estruendosa partida de caza contra las fuerzas del mal encabezada por Odín, montado sobre Sleipnir, su caballo de ocho patas, y seguido por las doncellas guerreras, las *valkyrjur*; los muertos caídos en combate, los *einherjar*; y una multitud de lobos y seres sobrenaturales.

Todavía en una fecha tan tardía como 1691, en la Europa del nordeste quedaban restos de los antiguos cultos y las creencias en hombres-lobo asociados a los poderes odínicos de la luz. Se detectan incluso sociedades secretas de hombres-lobo dedica-

CINOCÉFALOS EN OLOR DE SANTIDAD

Pese a que la imagen del lobo como agente del mal es la que ha preponderado en el simbolismo cristiano, el hombre-lobo como agente de la luz ha sobrevivido en algunas tradiciones piadosas. Tal es el caso de los santos cinocéfalos. La creencia en los cinocéfalos, hombres con cabeza de perro, estaba muy extendida en la Edad Media. La leyenda quería que una vez convertido al cristianismo, un cinocéfalo se convertía en un auténtico defensor del Evangelio frente a las oscuras fuerzas del mal. Tal se dice de san Cristóbal, patrón de los viajeros, que ha sido representado en Occidente como un gigante que lleva a Jesús niño sobre sus hombros, pero lo cierto es que en su origen no era un gigante, sino un hombre-perro, un cinocéfalo de instintos salvajes llamado Réprobo, hasta que fue convertido al cristianismo y cambió su nombre

por el de Cristóbal o Cristóforo, que significa «el que lleva a Cristo». La tradición del hombre-lobo guerrero, soldado de la luz, se mantiene asimismo en Oriente, en la figura de san Mercurio, un cinocéfalo que se caracterizaba por su fiereza, semejante a la de los berserks germanos. Estas historias, que han sobrevivido en la tradición cristiana oriental, han sido silenciadas por la Iglesia occidental. Pero ciertos relatos han escapado a esta

actitud, como el de aquel abad que, borracho, cayó del caballo. Al herirse, la sangre atrajo a una multitud de gatos salvajes de los que le salvó un hombre-lobo que incluso le acompañó al monasterio, donde curaron las heridas recibidas en la reyerta. Al salir el Sol, el hombre-lobo tomó su forma humana. Se trataba de un alto dignatario eclesiástico que, muy enojado, reprochó al abad su estado de ebriedad.



Izquierda: Pausanias, en la antigüedad clásica, relata el mito de Licaón, transformado en lobo por Zeus. Derecha: san Cristóbal fue, en su origen, un cinocéfalo, un hombre-perro llamado Réprobo. El Cristianismo cambió su nombre por el de Cristóbal.

dos a combatir brujas y demonios. Así se desprende de las declaraciones del anciano Thiess, un hombre-lobo lituano, efectuadas durante el juicio celebrado contra él en Jürgensburg en 1691. Thiess confesó que él y sus compañeros, se transformaban en lobos tres noches al año para combatir al diablo hasta «el fin del mar», es decir, el infierno. Según él, su nariz rota se debía a un golpe recibido en un combate que, en una de esas ocasiones en las que perseguían a los agentes del infierno, había tenido con cierto mago negro llamado Skeistan.

Según el anciano, cuando los hombres-lobo mueren van al cielo, y si no fuera por su intervención, el diablo asolaría la tierra, ganados y cosechas, explicó Thiess, quien afirmaba que tanto los hombres lituanos como los alemanes y rusos odiaban al diablo y se consideraban los «perros de Dios». Su convencimiento de que el oficio de su sociedad era comple-

tamente benéfico para la humanidad era tal que, cuando los inquisidores intentaron convencerle de que todos los hombres-lobo habían hecho un pacto con el diablo, el anciano les contradujo enérgicamente y llegó a afirmar que sus acciones eran de mayor provecho que las del sacerdote.

Testimonio parecido dio un joven en Riga, quien afirmaba que en su condición de lobo había combatido contra brujas. Algunas personas sabían cuál era su condición. En una fiesta, el joven se desmayó. Al día siguiente, a quienes le habían reconocido como hombre-lobo, les relató que había caído en trance y estuvo combatiendo durante el mismo con una bruja presente en la celebración.

Restos de antiguas tradiciones se dan también en el caso de los franceses *meneurs de loups*, los encantadores de lobos, personas vinculadas a la tradición brujeil, en la que perviven probablemente algunos rasgos menores del antiguo druidismo galo. Estos seres, voluntariamente aislados de la sociedad como ermitaños o flautistas itinerantes, iban siempre acompañados de lobos, sus únicos amigos, que les seguían hechizados por la melancólica música de sus flautas. La misma fascinación sentir los lobos hacia Ana María García, nacida en 1623 en el pueblo asturiano de Posada de Llanes, a quien llamaban «la Lobera», porque iba de un lado para otro y «andaban los lobos con ella». La Lobera afirmaba que el poder sobre los lobos le había sido transmitido por otra bruja asturiana, Catalina González, lo cual podría indicar la pervivencia, en el norte de España, de una cadena iniciática de encantadores de lobos.

TIEMPO DE HOGUERAS. SATÁN Y EL HOMBRE-LOBO

La admiración y el respeto por el lobo, el «espíritu del bosque», se iría tornando en odio y miedo con la llegada del Cristianismo y la deforestación. Por un lado, el lobo acabaría convirtiéndose en símbolo del mal, la noche y la oscuridad; una bestia al servicio de Satán, opuesta al divino Cordero. Por otra parte, la desaparición a lo largo de la Edad Media de los grandes bosques europeos, habría obligado a la población lobuna a causar estragos en el ganado e, incluso, a vagar por ciudades y pueblos en busca de víctimas fáciles y propicias. A partir de ese momento, se extendió por todo el viejo continente un deseo de extinción del temido depredador, rodeado ya de un halo de fascinación y horror.

La posibilidad de convertirse en un hombre-lobo bestial y maldito aparece ya en la antigüedad clásica, como en el mito, referido por Pausanias y otros autores, del rey Licaón, transformado en lobo por un Zeus irritado al ver que el monarca le había sacrificado un niño de corta edad. Pero es en los siglos XVI y XVII donde la figura del hombre-lobo asociado al mal acaba eclipsando la figura del mago o del chamán que se transforman voluntariamente en lobo para combatir deliberadamente a las fuerzas oscuras de la naturaleza. Se dibujan así, definitivamente, las figuras del *waerul* danés, el *volkulaku* eslavo, el *warulf* sueco, el *lupo manaro* italiano, el *bisclavaret* bretón, el *währ-wölffe* germano, el *lukokantzari* griego y el *gerulf* o *loup-garou* francés, tal y como los conocemos en la actualidad.

RETRATO ROBOT DE UN LICÁNTRORO



Ser cejijunto; tener manos y pies cubiertos de vello, largas uñas almendradas de un vivo color rojo sangre y un dedo corazón tan largo como el índice; las orejas, bajas y echadas hacia atrás. Estas características, poco atractivas, han sido atribuidas a quienes pueden convertirse en lobo. Algunas personas que afirmaban ser hombres-lobo, aseguraban que el pelo estaba en la

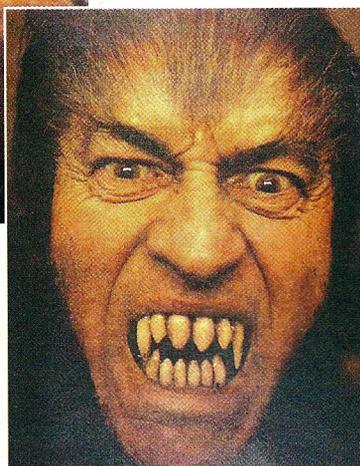
parte interna de su piel y que ésta se daba la vuelta durante la transformación. La excesiva curiosidad científica de algunos jueces provocaba que se les desollara la piel o se les cortara brazos y piernas para probar la realidad de sus aseveraciones.

¿Cómo reconocerlos cuando adoptan forma animal? Es fácil. Se distinguen del resto de los lobos por su gran tamaño y por conservar tanto la voz como los ojos humanos.

¿Quién puede llegar a serlo?

En principio, son susceptibles de convertirse en hombre-lobo aquellos que han recibido una maldición familiar, convirtiendo así su condición en hereditaria, el séptimo hijo de un varón o los que han recibido la mordedura de otro hombre-lobo. Otros, propensos a hacer el mal, buscan adquirir tal condición de forma voluntaria, utilizando diferentes técnicas, como comer

cerebro o médula de lobo, bañarse o beber de una charca donde abrebieron o dejaron sus huellas los lobos, o utilizar fórmulas rituales que implican el uso de cinturones o brazaletes de piel de lobo y ungüentos alucinógenos. La transformación tendrá lugar por la noche y según las diferentes tradiciones, durará un espacio diferente de días, hasta que se revuelquen en tierra, barro, rocío, despunte el Sol, o sean capaces de zafarse de su cinturón lobuno. Si un hombre-lobo quiere acabar con su maldición y recuperar completamente su naturaleza humana, sólo tiene que comer brotes de escaramujo, ser herido tres veces en la frente o someterse a la amputación de algún miembro. Para acabar con un hombre-lobo, la forma más eficaz es dispararle con una bala de plata (el metal asociado a la Luna) consagrada de manera ritual.



El cine ha explotado hasta la saciedad el mito del hombre-lobo, como por ejemplo en la magnífica «Un hombre-lobo americano en Londres» (arriba).

Francia se convirtió en el epicentro de una auténtica epidemia de licantropía, registrándose unos 30.000 casos entre 1589 y 1610.

Pero anteriormente, en 1558, un cazador, tras encontrarse con un noble de la localidad que le pidió alguna de las piezas que cobrara durante el día, fue atacado por un lobo del que pudo zafarse e incluso llegó a cortarle una garra que guardó en su zurrón. Se dirigió a la casa del noble a quien contó lo sucedido. Para su sorpresa, al sacar la garra para enseñársela a su interlocutor, lo que extrajo fue la mano cortada de una dama. El noble, aterrado, reconoció el anillo de oro en uno de los dedos. Se dirigió apresurado hacia las estancias inferiores y encontró a su esposa vendándose un muñón aún sanguinolento. La mujer confesó su naturaleza de lobo y fue condenada a arder en la hoguera.

LOS HOMBRES-LOBO BRUJOS

Más famoso es el caso ocurrido en Dôle, Franco Condado, en 1573, donde el Parlamento se hizo eco de las denuncias de varias localidades, según las cuales, «en los últimos tiempos se ha visto con frecuencia un hombre lobo, que al parecer ha apresado a varios niños pequeños, a quienes no se ha vuelto a ver».

El 9 de noviembre, unos campesinos rescataron a una niña de las fauces de un enorme lobo. Éste escapó, pero algunos testigos creyeron reconocer en la bestia los rasgos de Gilles Garnier, «el eremita de Saint Bonnot». Seis días después, la desaparición de un niño de 10 años provocó el apresamiento de Garnier, quien confesó ser un hombre-lobo y haber

matado y devorado a varios niños. La carne de una de sus víctimas le pareció tan exquisita que le llevó un trozo a su mujer. El eremita de Saint Bonnot fue quemado vivo el 18 de enero de 1574.

La intervención diabólica y la relación con la hechicería queda patente en un caso ocurrido treinta años más tarde en las Landas, donde un pastor de 14 años, Jean Grenier, confesó que «cuando tenía diez u once años, mi vecino, Del Thillair, me presentó, en las profundidades del bosque, al Maître de la Forêt, un hombre negro que me hizo una señal con una uña y nos dio a Del Thillaire y a mi una piel de lobo y una pomada. De vez en cuando, corro por el campo bajo la forma de un lobo».

Según su declaración, tras ponerse la piel de lobo y untarse con el ungüento, se transformaba en lobo, aspecto bajo el cual había devorado a más de cin-

UN HOMBRE-LOBO ESPAÑOL

España también tiene su propia tradición de hombres-lobo. El caso más famoso y reciente tuvo lugar, el pasado siglo en Galicia, región donde la creencia en el hombre-lobo (lobisome, lobizón o lobisón según la región), está muy arraigada. El 4 de julio de 1852, fue detenido Manuel Blanco Romasanta, de cuarenta y dos años de edad, natural de la localidad orensana de Santa Baia de Esgos. El proceso que tuvo lugar a continuación puso los pelos de punta a toda Galicia. Manuel Blanco afirmaba ser un lobisome, un hombre-lobo. Su caso llenó páginas enteras de los periódicos de su tiempo. En el momento de su detención no se le

encontró en los bolsillos ni colmillos afilados ni objetos puntiagudos, y sin embargo, había matado y devorado, con sus propias manos, a más de una docena de personas. Según su propia confesión, su maldición comenzó doce años antes, cuando se encontró con dos lobos en el valle de Couso. Allí tuvo lugar su primera transformación y cacería. Durante la correría, que duró cinco días, cayeron bajo sus garras tres mujeres, dos niños, una anciana y un pastor, muertes que fueron atribuidas, en su momento, a los lobos. Blanco relató su asombro cada vez que él y sus dos compañeros volvían a adquirir forma humana. A lo largo de los años, las metamorfosis se



Sobre estas líneas, el indulto que libró a Manuel Blanco de la pena de garrote vil. A la derecha, dos grabados donde se recrean ataques de hombres-lobo.

fueron sucediendo y con ellas la sangre, las muertes y los festines de carne humana. El 6 de abril de 1853 fue sentenciado a garrote vil, condena de la que fue indultado. Manuel Blanco, «el del unto», el hombre-lobo, moriría poco después en una prisión del estado.



NO TODO ESTÁ EXPLICADO

Los casos de hombres-lobo diabólicos se suceden a lo largo de nuestra historia desde el siglo XVI. En algunos casos se trata de una maldición, una posesión diabólica que obliga al individuo a convertirse en una fiera sedienta de sangre. En otros, son hechiceros, que mediante ungüentos, cinturones o rituales, se transforman en animales para acudir el aullar y experimentar goces brutales y prohibidos.

Desde esos primeros tiempos, la ciencia ha intentado dar explicación al fenómeno. Para algunos, sería la rabia, transmitida a seres humanos por perros o lobos enfermos, y cuyos síntomas, como el babeo y la necesidad de morder, habrían dado lugar a la leyenda. Para otros, se trataría de la porfiria, una enfermedad genética que provoca un crecimiento inusitado del vello facial y corporal, fotosensibilidad —lo que les obliga a vivir de noche—, deterioro de la nariz, orejas, párpados y dedos, así como enrojecimiento de dientes y uñas. Otros han aludido a los efectos de los ungüentos alucinógenos. Hay quien afirma incluso que la existencia de niños salvajes, abandonados y criados por lobos, habría dado lugar al nacimiento del mito. Para los psicólogos, se trata de un trastorno mental, al que han dado el nombre de *licantropía*, asociado a psicosis maniaco-depresivas, neurosis histéricas disociativas, esquizofrenia, epilepsia y síndromes cerebrales orgánicos.

Lo cierto es que, aunque sirvan para aclarar muchos casos estudiados recientemente, ninguna de las hipótesis propuestas parece ofrecer una explicación satisfactoria del fenómeno. Hay muchos chamanes que aseguran convertirse en lobos en su viaje extático. Su condición de *espíritus libres* les permite adquirir la forma que deseen. El haber tomado conciencia de la verdadera naturaleza que se oculta tras cada forma y especie parece haberles dado la posibilidad de liberarse de un sólo estado de Ser, pudiendo así asumirlo todos, según sus necesidades.

Caso opuesto sería el de los hechiceros y los hombres-lobo involuntarios, ambos llevados por impulsos malignos y destructivos. Las tradiciones de diferentes culturas afirman que el hombre posee varias

cuenta niños de la comarca. El tema del cinturón de piel de lobo reaparece en otro proceso famoso, esta vez alemán. El acusado, Peter Stubbe, afirmaba estar en posesión de un cinturón mágico de piel de lobo, «proporcionado por el diablo», que le daba la capacidad de transformarse en lobo. De esta forma, atacó, violó y devoró a muchas víctimas, entre las cuales se hallaban dos mujeres embarazadas, de las que extrajo el feto para comerse el corazón caliente del mismo.

Desde los doce años, Stubbe había practicado la magia negra. Finalmente, fue encontrado culpable de cometer incesto habitualmente con su hija y su hermana y de algo mucho más terrible: haber derramado toda su maldad sobre quien él llamaba *el alivio de su corazón*, su propio hijo, a quien condujo a un bosque «donde lo asesinó con la mayor crueldad, hecho lo cual, le sacó realmente los sesos fuera de la cabeza y se los comió».

Tras sus espantosas declaraciones, Stubbe fue torturado en la rueda, lo desollaron mediante tenazas al rojo vivo, le rompieron brazos y piernas, fue decapitado y, por último, se quemó su cuerpo junto al de su amante y su hija, condenadas ambas a arder vivas como cómplices de sus fechorías.



almas, una de las cuales es la de un animal o un vegetal y que a veces «reside» realmente en uno de estos seres. Desde el punto de vista tradicional, esta creencia equivale a decir que entre el Ser inmutable e incalificable y la forma manifestada en lo material existen diversos estratos psíquicos intermedios, más concretos y limitados cuanto más nos acercamos a la forma asumida tal como la percibimos en este mundo. Cuando esta forma muere, el Ser adopta otra. Pero al igual que la materia física del cuerpo se descompone en múltiples partes que van a integrarse en otros cuerpos (parte de nuestra materia puede haber formado parte antes de una fruta, un cristal o una estrella ya desaparecida), la sustancia psíquica se desintegra a su vez, yendo a conformar la materia psíquica de otros seres.

FANTASMAS MENTALES

Pero los rasgos psíquicos asimilados dentro del edificio mental no tienen por qué ser los heredados de otros seres humanos, sino que abarcarían los de otros muchos seres, incluidos los lobos. Si esos rasgos son lo suficiente intensos, podrían, en algún caso, apoderarse de la conciencia del individuo. Y ahí comenzaría la maldición del hombre-lobo.

Todo ello nos lleva a la gran pregunta. ¿Puede tener lugar la transformación real? La respuesta quizá la tenga de nuevo el chamán. Para él, la realidad física que percibimos no es la auténtica, sino un agregado de sensaciones e interpretaciones consensuadas, algo que la física cuántica parece confirmar cada vez más. Los colores, las sensaciones, los sonidos, no existen, son sólo radiaciones, ondas de presión, partículas que interactúan, un manojo de «fantasmas» mentales con los cuales levantamos un modelo del mundo que en realidad no es el mundo. ¿Y si, en determinadas circunstancias, esa realidad construida por todos pudiese romperse, como decía Don Juan a Castaneda?, ¿y si pudiera ser remodelada? Nosotros no tenemos la respuesta. Quizá la tenga ese astro pálido y redondo que mira a través de la ventana. ¡Un aullido! En el crepúsculo se abre la grieta entre los mundos. Es la hora del lobo. ■

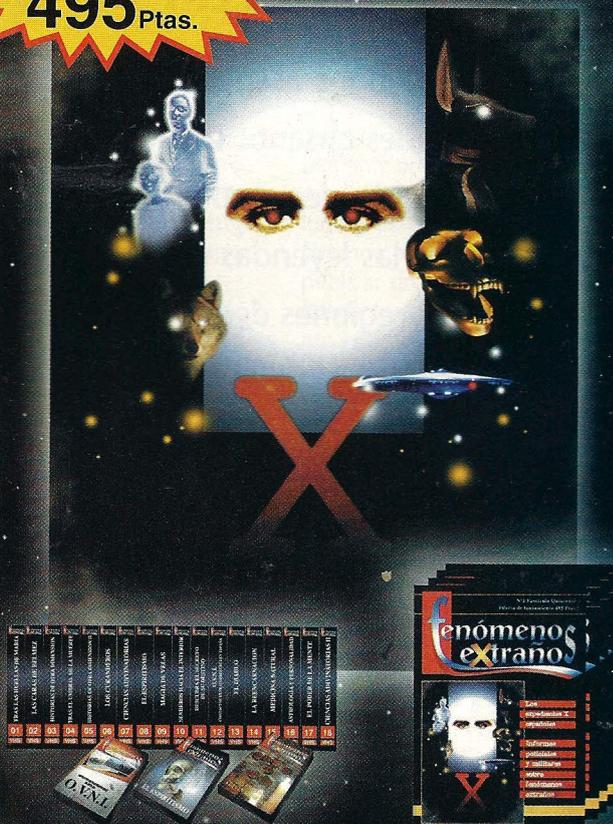
fenómenos extraños

1 DE FEBRERO
EN SU QUIOSCO

LA OBRA MÁS ACTUAL Y ATRACTIVA SOBRE
FENÓMENOS PARANORMALES

VIDEO + FASCÍCULO
OFERTA DE
LANZAMIENTO

495 Ptas.



2ª EDICIÓN
AMPLIADA Y ACTUALIZADA

36 VÍDEOS + 36 FASCÍCULOS



CADA 15 DÍAS EN SU QUIOSCO



UNA EDICIÓN DE
FRAMES PRODUCCIONES S.L.
Doctor Caro, 53 03201- Elche.
Tlfno. de atención al cliente: 902 11 34 70